

KWAME ANTHONY APPIAH: *The Ethics of Identity*, Princeton University Press, Princeton and Oxford, 2005. 358 páginas.

El tema de la identidad, en su dimensión colectiva e individual, y sus repercusiones morales representan quizás el *leitmotiv* del recorrido intelectual del filósofo Kwame Anthony Appiah. Su biografía nos da algunos indicios del porqué: hijo de un famoso político ghanés, Appiah nació y fue criado en Ghana. Más tarde, se trasladó a Inglaterra donde recibió su licenciatura en filosofía y finalmente acabó trabajando en los Estados Unidos, en dos universidades tan prestigiosas como Harvard, primero, y Princeton, posteriormente. Tenemos, pues, por un lado, las influencias de las raíces africanas, y en particular la del padre patriota y, por otro, una gran ascendencia de la tradición liberal, sea por sus conexiones académicas, sea, otra vez, por el ejemplo del padre, que además de patriota, dedicó gran parte de su vida a la defensa de los derechos humanos.

Gran parte del trabajo de Appiah se ha centrado en el intento de conjugar estos dos elementos —identidades y liberalismo— manteniendo siempre como punto de referencia la supremacía moral del individuo. *The Ethics of Identity* representa, de alguna manera, la culminación de tal esfuerzo. ¿Que relaciones se establecen entre la identidad de una persona —el “qué eres”— y su individualidad, entendida a la manera de John Stuart Mill —el “quién eres”—?, se pregunta Appiah. La cuestión se aborda desde el punto de vista de un filósofo moral liberal que tiene en Mill a su héroe: ¿Cómo influyen las peticiones éticas y morales de nuestra identidad en el derecho/deber de sacar adelante nuestro plan de vida, en definitiva, de desarrollar nuestra individualidad?

El argumento del libro se va desarrollando a través de un estudio a menudo analítico, dialéctico y puntilloso, que se sumerge en las ramificaciones a través del diálogo entre diferentes voces de autores pasados y contemporáneos, la construcción de experimentos mentales o la proposición de ejemplos y sugerencias derivadas del mundo literario. Sólo en algunas circunstancias, el tono se hace más evocador.

Los primeros dos capítulos están dedicados a definir y defender el valor fundamental alrededor del cual gravita el libro: la individualidad. Siguiendo a Mill, Appiah nos explica que a través del ejercicio de la libertad el individuo puede desarrollarse, cultivar sus facultades, y sobre todo plasmar y solidificar sus deseos, aspiraciones, en un “plan de vida”, alcanzando así la madurez. Tal plan de vida tiene más que ver con el hecho de crear la propia vida, *como* escritor, patriota, gay, afroamericano, etc., que con el proyecto racional descrito por John Rawls. De aquí su relación con la identidad individual: parte fundamental de vivir una vida es el proceso de identificación personal con las identidades generales que existen en la sociedad y su elaboración en un plan de vida de acuerdo con los propios deseos, aspiraciones y facultades. Tal proceso de identificación, de construcción de una identidad, tiene un valor ético y moral: las identidades colectivas ofrecen sugerencias sobre cómo moverse en el mundo, guiones y narrativas fundamentales para escoger entre diferentes opciones en el mundo, y que además contribuyen a construir formas de solidaridad entre miembros de los

mismos colectivos. Pero tales identidades representan también peligros para los individuos: además de recursos para el desarrollo de nuestras individualidades son, simultáneamente, constreñimientos. Esto ocurre cuando las identidades se adscriben a un individuo en contra, de alguna manera, de su derecho a desarrollar su individualidad. En vez de representar narrativas que sugieren, se convierten en patrones que limitan. Todo esto nos recuerda, por supuesto, que las identidades tienen una fundamental dimensión social: como ha notado Charles Taylor, se construyen y sostienen a través el diálogo, puesto que el reconocimiento de los otros es parte fundamental de su existencia.

De lo que se ha dicho hasta aquí resulta evidente que el valor de la autonomía, aunque Appiah lo subordine al de la individualidad, tiene un papel decisivo. De hecho, el segundo capítulo del libro está dedicado a la defensa e incorporación de unas críticas, en particular al comunitarismo, que el liberalismo nos da de este valor. La solución que se propone, por un lado, acomoda tales críticas ofreciendo una concepción de autonomía que no sea la de un ideal inalcanzable y, por el otro, inspirándose en Kant, plantea una división en dos planos teóricos que guardan las distancias: el plano del agente, del mundo inteligible y moral, y el plano de la estructura, del mundo sensible. La elección de cuál privilegiar es un acto esencialmente político, que depende de nuestros intereses y objetivos. Tal acto Appiah lo cumple sin dubitación ni ambigüedad.

Después de situarnos en el punto de vista normativo, Appiah aborda lo que a su juicio representan los puntos críticos de contacto y choque entre individualidades e

identidades colectivas en el marco político del estado. Los autores que, como Taylor, subrayan la necesidad de que el estado reconozca y respete las identidades colectivas, tienen su razón en la medida que tales identidades resultan elementos esenciales en la vida de una persona. Sin embargo, y este es el punto polémico que subraya Appiah, existe lo que se denomina el peligro del “síndrome de Medusa”. El reconocimiento de las identidades colectivas tiene, a largo plazo, una tendencia a petrificarse, como quien se atreve a mirar a la Medusa, en una imagen, o mejor dicho, en un estereotipo, en aquellos que viven dichas identidades, lo que implica dañar la autonomía y la individualidad de la persona.

Hablar de identidad significa, obviamente, hablar de cultura. A este concepto Appiah dedica el tercer capítulo. La preocupación que emerge del tratamiento que el autor nos ofrece del tema es su posible uso instrumental para fines opresivos contra las instancias de disensión interna a los grupos y, en última instancia, de nuevo contra la individualidad. En el denunciar la contradicción intrínseca en el concepto de preservación de una cultura —siendo ésta por definición algo dinámico— el autor nos empuja a entrar en las cajas negras de las culturas para romperlas, sacando a la luz la pluralidad de voces, y evidenciando la fluidez de sus confines.

El último capítulo del libro lo dedica a una interesante defensa de un cosmopolitismo universal, pero consciente de la importancia de los contextos locales. Lo que significa en muchos casos que la experiencia cosmopolita no es el acuerdo sobre principios morales racionalmente estructurados, sino el compartir preocupaciones

comunes en casos concretos. Y eso se debe a nuestra común capacidad de entender historias, narrativas, y evocar un mundo, en definitiva, a nuestra común “imaginación narrativa”. Se trata así de evitar perderse en las diatribas metafísicas entre diferentes sistemas morales, y de destacar los puntos de contactos más abajo: allí donde la vida fluye y las experiencias se mezclan. No es equivocado apelar a nuestra común naturaleza humana, explica Appiah, pero sí reducirla a la racionalidad: “Si existe una crítica que se puede hacer a la Ilustración no es la de que los *philosophes* creyeran en la naturaleza humana o en la universalidad de la razón, sino más bien, que carecían tristemente de imaginación acerca del alcance de lo que tenemos en común” (p. 258).

Las interesantes y densas ideas que Appiah nos propone en este libro se encuentran quizás entre las evoluciones más refinadas y atentas a la crítica que el pensamiento liberal ha alcanzado en la actualidad. Las diferencias, su reconocimiento, no quedan oscurecidas o alejadas de manera prejuicial, sino que se abordan de manera directa y central. El intento es subrayar sus potencialidades, tanto positivas como negativas, en el desarrollo personal. Rechazando las interpretaciones más áridas del significado moral del individuo, Appiah evidencia la fundamental importancia de las identidades, pero también sus amenazas. La dimensión narrativa de la existencia humana, la capacidad universal de agarrar el significado de historias particulares, el carácter dialogante y social de nuestro ser moral, son todos elementos esenciales para Appiah, y que un cierto tipo de liberalismo, obsesionado con la idea de anclar la moralidad a la razón para garanti-

zarle la universalidad, es incapaz de ver. Sin embargo, Appiah se detiene quizás demasiado pronto. Es correcto sostener que existe una profunda diferencia entre el *qué* y el *quién* en un individuo: su identidad no se puede reconducir a la suma de sus facultades o de los “guiones” que ha decidido representar. Y esto bien lo había visto Hannah Arendt. Pero tampoco su plan de vida nos puede decir exhaustivamente quién es tal o cual individuo. La imprevisibilidad de nuestras acciones es un elemento central en el definir nuestra individualidad, y algo que Arendt, nuevamente, había comprendido bien. De hecho, remarcaba esta autora, quizás la única manera de decir quién es alguien es a través de los cuentos que de ella hacen los escritores o poetas, una vez que su trayectoria se ha terminado. Pero el modo con el que Appiah nos habla de individualidad, identidades, planes de vida, todavía queda atrapado por los límites del liberalismo al poner en el centro al individuo racional, que, en este caso, escoge entre identidades para vivir, y objetivos que sacar adelante, moldeándolos en un coherente plan de vida. Poco espacio queda para la imprevisibilidad, y la necesidad de responder a ella, y para la capacidad de los individuos de inventar escenarios, imágenes, posibilidades. En una palabra: para la *inventio* de la retórica clásica.

Bien hace Appiah en subrayar nuestra común naturaleza narrativa y la amplitud de la naturaleza humana. Pero entonces, a la hora de abordar algo tan relacionado con la naturaleza humana como la identidad de un individuo, hubiera sido interesante haberlo hecho teniendo en cuenta tal amplitud. Es como si Appiah hubiese querido filtrar, domesticar, unos temas potencialmente tan desestabilizadores como la

identidad y la individualidad, reduciéndolos a un asunto de elección racional entre estilos de vida y de construcción de un proyecto coherente. Este límite de perspectiva típicamente liberal se refleja, no sólo en el olvido del papel de la *inventio*, sino también en la misma manera de argumentar, basada casi exclusivamente en la dialécti-

ca. De modo que Appiah se contradice a sí mismo: por un lado parece reconocer la riqueza de la condición humana y la importancia de la “imaginación narrativa”, por el otro, se olvida de ellas al proponer su visión moral y política.

GIUSEPPE BALLACCI